

UNA HISTORIA DIFERENTE

Francisco Javier AYUELA AZCÁRATE



El valor consiste en saber elegir el mal menor, aunque sea horroroso.

Stendhal.



L 5 de junio de 1921, se celebró a bordo del crucero protegido de primera clase *Princesa de Asturias*, fondeado a la altura de Sidi Dris, una entrevista entre el alto comisario en Marruecos, Dámaso Berenguer y Fusté, y el comandante general de Melilla, Manuel Fernández Silvestre y Pantiga; ambos nacidos en Cuba, generales de división y glorias vivientes del arma de Caballería. En el complejo teatro de operaciones del Protectorado de Marruecos, aparte de la lucha contra el despiadado y hábil enemigo rifeño, brillaba con luz propia otra suerte de enfrentamiento que era la comidilla de media España: la rivalidad profesional y las difíciles relaciones personales entre los dos generales no ayudaban a mejorar las cosas sobre el terreno.

Berenguer, que además de ser el alto comisario mandaba en la parte occidental, quería acabar cuanto antes con *El Raisuni*, un héroe legendario para algunas tribus, un simple bandido para la causa española; en cualquier caso, un personaje peligroso a pesar de hallarse en horas bajas, acorralado en su feudo de Tazarut. Silvestre, responsable de la zona oriental, servía ahora a las órdenes del alto comisario, aunque en su día fue más antiguo que Berenguer. El sueño del comandante general de Melilla era llegar ese mismo verano a la bahía de Alhucemas, el corazón de la rebelión rifeña y cuartel general de su cabecilla Mohammed Abd el-Krim. Para ello, en enero de 1921, Silvestre extendió sus líneas hasta una gran hoya llamada Annual, convirtiéndola de inmediato en una posición avanzada aparentemente bien fortificada, aunque desde el punto de vista militar presentase notables inconvenientes, en particular la falta de agua.

La reunión entre ambos generales a bordo del *Princesa de Asturias* había sido convocada ante un inesperado incidente que tuvo lugar pocos días antes. El 1 de junio de 1921, muy de mañana, Silvestre había ocupado Abarrán, una loma pedregosa e insignificante, una pequeña operación más en su intento por llegar a Alhucemas. Ese mismo día, los rifeños conquistaron la posición, matando a la mayoría de los defensores, incluyendo el oficial al mando, el capitán Juan Salafranca Barrios.

La pérdida de Abarrán y de muchas vidas valiosas, unida al hecho de que era la primera vez que se perdían cañones en combate, fue, además de trágica, una sorpresa mayúscula. Silvestre, un soldado muy celoso de su reputación, se sintió ultrajado, aunque el concurso de optimistas en que se había convertido buena parte de la Comandancia General de Melilla coincidió con su general en que se trataba de un simple revés, un pequeño golpe sin importancia en el conjunto de las operaciones, que marchaban según lo planeado.

Contribuyó a la recuperación de la tranquilidad general el rechazo del posterior ataque rifeño a la posición costera de Sidi Dris. Aprovechando el



Crucero *Princesa de Asturias*.
(Archivo: Alfonso Buenaventura Pons).

empuje de su éxito en la conquista de Abarrán, al día siguiente, el 2 de junio, una numerosa harca, de las tribus de Beni-Urriaguel, Bocoya y Tensaman, había atacado el enclave que estaba al mando del comandante Julio Benítez y Benítez. En la defensa se distinguió por su valor el alférez de navío Pedro Pérez de Guzmán y Urzáiz. Al frente de un pelotón de marinería de la dotación del *Laya* contribuyó decisivamente a contener el ataque de los harqueños que tuvieron que retirarse dejando numerosos muertos.

Berenguer y Silvestre eran excelentes soldados, ambos lo habían demostrado con creces, tanto en Cuba como en Marruecos. Los dos habían participado en numerosos combates y ostentaban prestigiosas condecoraciones en reconocimiento a su valor.

Aunque ambiciosos y decididos a obtener sus metas a toda costa, tenían suficiente experiencia para percibir los posibles riesgos de la situación. Así, dos días después de perder Abarrán, Silvestre ya había mandado ocupar Talilit, una posición a medio camino entre Sidi Dris y Afrau. Estos dos puntos de la costa se habían ocupado meses antes para servir de enlace entre los buques de la Marina y la posición avanzada de Annual, donde se encontraba el grueso del desperdigado Ejército español de la Comandancia General de Melilla. El jefe del Estado Mayor de Silvestre insistió en varias ocasiones en la conveniencia de mejorar las vías de comunicación entre Annual y las posiciones de la costa, donde, si venían mal dadas, se podía obtener el socorro de las unidades de la escuadra y las fuerzas navales del norte de África, pero el comandante general de Melilla no lo consideró necesario y la idea fue desechada.

La tensa entrevista del 5 de junio entre los dos generales no consiguió objetivo alguno. Aunque Silvestre no logró sus ansiados refuerzos para seguir empujando hacia su anhelada bahía de Alhucemas, sí convenció finalmente a Berenguer de que la situación estaba bajo control, puesto que las acciones ofensivas de los harqueños parecían haber cesado por completo tras su fallido ataque a Sidi Dris. El alto comisario telegrafió enseguida en ese sentido al ministro de la Guerra, Luis Marichalar y Monreal, vizconde de Eza, pero no lo hizo plenamente convencido. Era muy consciente de que en su ánimo había pesado sobremedida su decisión de evitar un enfrentamiento abierto con Silvestre.

Aparentemente no había nada que indicara un peligro fuera de lo normal. La definitiva pacificación del Protectorado de Marruecos parecía al alcance de la mano, pero Berenguer se sentía inquieto; como primer jefe de las Tropas Regulares Indígenas de Melilla había pasado suficiente tiempo sobre el terreno para percibir una atmósfera extraña. Tenía malos presagios, pero no conseguía precisar la razón de su desazón; le inquietaba la engañosa facilidad con que Silvestre ocupaba el terreno y sobre todo la inusual pasividad de algunas cabilas rifeñas.

Desafortunadamente para nuestra causa, los rifeños no albergaban tantas dudas; sentían que por fin había llegado su oportunidad. Su jefe, Abd el-Krim, conocía bien a los españoles, no en vano su familia les había servido fielmente durante años. Aunque carecía de formación militar, estimaba correctamente las profundas debilidades del ejército español en el Protectorado: su desorganización y falta de adiestramiento; su absurda dispersión en minúsculas posiciones; la corrupción que roía las entrañas logísticas de las unidades; su bajísima moral de combate y su gran dependencia de las tropas indígenas.

En la noche del 6 de junio, Berenguer llegó a Ceuta, y mientras descendía por la plancha del crucero *Princesa de Asturias* algunos advirtieron que tanto su rostro como las prisas que mostraba reflejaban claramente su preocupación. Durante el viaje a Tetuán, sede de la Alta Comisaría, el general no dejó de preguntarse qué pasaría si las cosas se ponían feas de verdad. Se daba cuenta



Silvestre en Sidi Dris, diciembre de 1920. (Archivo: *Diario ABC*).

de que Silvestre continuaría avanzando fiándolo todo a su empuje y a su suerte, la baraka que llamaban los rifeños, y que tras la aureola de jinete invencible de Silvestre sólo quedaban posiciones aisladas, cuya defensa, sin agua ni suficientes víveres, resultaba muy complicada en un terreno y un clima muy exigentes. El 7 de junio, como respuesta a la pérdida de Abarrán y para reforzar la defensa de Annual, Silvestre, en un nuevo atrevimiento, ocupó la posición de Igueriben. Berenguer dedicó la mañana de ese día a recapacitar sobre la situación, tratando de imaginar posibles respuestas ante una situación que podía descontrolarse en poco tiempo. Finalizada la jornada, al acabar de firmar los innumerables despachos que la incansable maquinaria administrativa del Protectorado no cesaba de elaborar, el general llamó a su ayudante:

—Dile por favor al jefe del Estado Mayor que venga —dijo Berenguer en el amable tono que solía utilizar en las relaciones con sus subordinados directos.

Pocos minutos después entró el coronel jefe del Estado Mayor. El alto comisario, después de invitarle a tomar asiento, y mientras ambos encendían sus cigarrillos, fue directamente al grano:

—Imagina que Silvestre acaba dejándose atrapar en Annual. ¿Qué opciones tendríamos para sacarle de allí?

El coronel no mostró la sorpresa que le produjo la pregunta y respondió de forma pausada:

—Habría que elegir, mi general, entre dos opciones: concentrar las unidades, actualmente muy dispersas, y comenzar un repliegue gradual a líneas más fáciles de defender; o bien salir por la costa con el apoyo de la Marina. Pero ya conoces a Silvestre; según él no hay motivos para alarmarse. Cree que puede llegar a Alhucemas y no parará hasta alcanzar su ambicionada bahía. En honor a la verdad hay que decir que hasta ahora las cosas no le han ido mal.

El coronel hizo una larga pausa, que a todas luces pareció intencionada:

—¡Bueno, salvo el descalabro de Abarrán!

Al oír ese nombre, Berenguer dio un respingo y se levantó despacio. Se rascó con fuerza la cabeza y rodeando su enorme mesa de despacho, repleta de papeles y expedientes, dijo con aire distraído:

—Demos un paseo, necesito tomar el aire.

Desde el despacho salieron directamente a una amplia terraza que descendía en dos escalones a un espléndido jardín. El aire olía densamente a jazmín y a espliego. Acababa de anochecer y tras las altas temperaturas alcanzadas durante el día, resultaba agradable el suave frescor que invadía el ambiente. Berenguer empezó a andar con paso lento por una ancha avenida flanqueada por añosas palmeras. El coronel, que le conocía bien, sabía que estaba dándole vueltas a algo importante.

—¿Qué es lo que sucede, mi general? —se atrevió a preguntar.

—Tengo un trabajo para ti, un encargo delicado— respondió enseguida Berenguer.

En la perfumada penumbra que envolvía a ambos, el coronel pudo advertir el cambio en el tono de voz, claro reflejo de la ansiedad que evidenciaba el alto comisario.

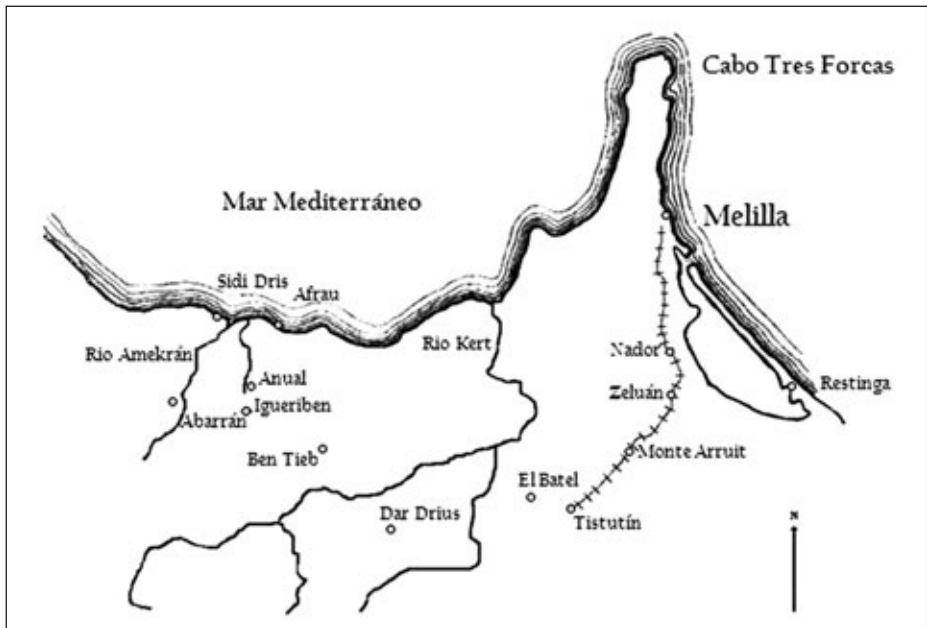
—Quiero que, con absoluta discreción, prepares un plan para evacuar por mar la posición avanzada de Annual. Tengo el presentimiento de que algo terrible puede pasar. Annual está a más de cien kilómetros de Melilla y solo a doce del mar; así que si pintan bastos la salida de Silvestre será por la costa o no será. No me fío de las cabilas cercanas por muchas muestras de lealtad que nos hagan. Varios oficiales con experiencia me lo han dicho, no debimos cruzar el río Amekrán. Intenté decírselo el otro día a Silvestre en la entrevista

en el *Princesa de Asturias*, pero no hubo manera. Fue mencionar el maldito río y se puso como un basilisco. Imagino que necesitarás el apoyo de alguien de la Marina. Lo ideal sería un oficial que además de entender de barcos tuviese experiencia en combate.

—Creo que conozco al hombre adecuado, mi general —repuso el jefe del Estado Mayor—. Es un comandante de Infantería de Marina que ha servido largo tiempo en el Regimiento Expedicionario del Cuerpo, en Larache, fue allí donde le conocí; por cierto, sirviendo a las órdenes de Silvestre. Pero lo más interesante es que ha estudiado en detalle el desembarco de Gallípoli. Desde luego sabe de barcos, de desembarcos y sobre todo de la forma adecuada de cargarlos y descargarlos.

—Bueno, pues entonces no se hable más. En este caso, y al contrario que en el mus, prefiero pasarme que no llegar; si al final mis temores son infundados, miel sobre hojuelas —dijo Berenguer, zanjando el asunto.

Siguieron paseando despacio por la avenida. El silencio de la noche sólo era interrumpido por el incesante zumbido de miles de insectos. Cuando alcanzaron la puerta principal que se abría en la verja que delimitaba el frondoso jardín, el alto comisario, tras responder al saludo del oficial de guardia, miró fijamente a su jefe de Estado Mayor y casi en un susurro retomó la conversación:



Croquis general de la zona.

—Insisto en la importancia de guardar la máxima discreción. Si se entera Silvestre es capaz de venir hasta aquí a montarme la de San Quintín. Ya me dirás qué quieres que haga. Dime lo que necesitas y lo arreglaré.

El coronel se atusó el bigote con los dedos antes de responder:

—El comandante se llama Joaquín Fuster y está de nuevo destinado en Larache, y por tanto a tus órdenes. Convendría enviarlo aquí en comisión de servicio, al menos por un par de meses.

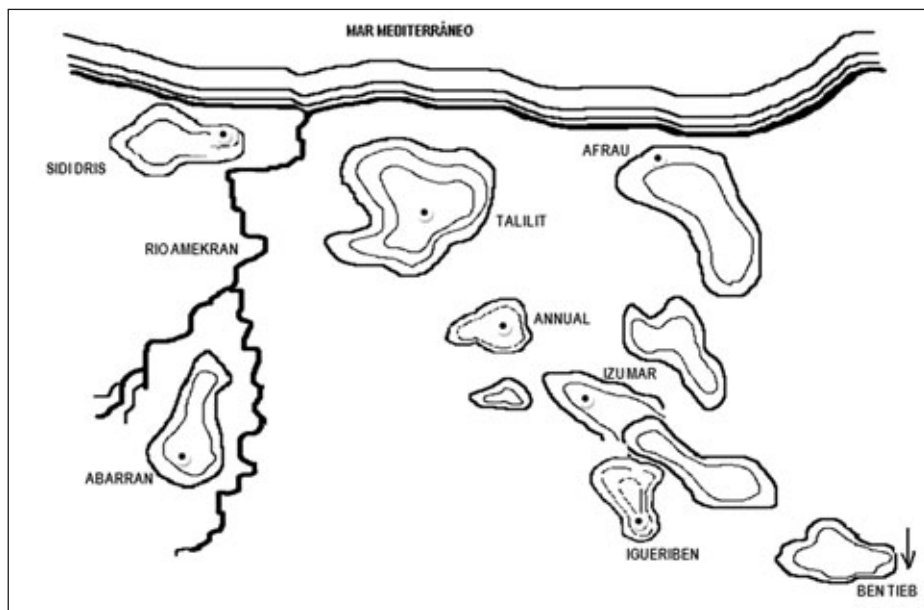
El general mostró enseguida su conformidad.

—La verdad es que eres una caja de sorpresas. No me extrañaría que lo tuvieses ya todo planeado. Puedes contar con ese comandante al que tienes en tanta estima. Mañana mismo pásame a la firma su comisión de servicio al Estado Mayor de la Alta Comisaría.

El día 15 de junio llegó a Tetuán el comandante Fuster. Enseguida, el jefe del Estado Mayor y él comenzaron el planeamiento. Cada anochecer trabajaban sin descanso en el despacho del coronel, ante la extrañeza del resto de los oficiales del Estado Mayor. Los largos y luminosos días pasaron despacio, sin mayores sobresaltos que los habituales de la rutina burocrática, metódica y áspera, característica de los tiempos de guerra. Semanalmente, el jefe del Estado Mayor presentaba al alto comisario una actualización del plan de contingencia destinado a paliar posibles situaciones adversas en el avance de Silvestre. En documentos personales y reservados, tanto el ministro de la Guerra como el de Marina fueron informados de las líneas generales y las necesidades que implicaba este plan, mostrando ambos su conformidad con el mismo.

Así, sin que nadie entendiera claramente el porqué, los cruceros *Princesa de Asturias* y *Cataluña*, el destructor *Bustamante*, los cañoneros *Laya*, *Lauria*, *Álvaro de Bazán* y *Bonifaz*, el aviso *Giralda*, el transporte *Almirante Lobo*, los vapores *Gandía* y *Reina Victoria* y el remolcador *Europa*, recibieron instrucciones del ministro de Marina para concentrarse en Ceuta, a partir del 10 de julio, listos para salir a la mar con un aviso de 24 horas. En el mismo telegrama, el ministro nombraba al contralmirante Felipe Arroyo como comandante de esta heterogénea agrupación naval.

Las dos compañías de ametralladoras del Regimiento Expedicionario de Infantería de Marina habían sido enviadas a Tetuán a finales de junio. Oficialmente estas, que sumaban cerca de 300 hombres, formaban una unidad experimental y estaban probando las últimas modificaciones que se habían llevado a cabo en las ametralladoras Hotchkiss modelo 1914.



Posiciones secundarias cercanas a Annual.

No pasó desapercibido el hecho de que ambas unidades fueron dotadas para estas pruebas de un número sorprendente de máquinas, 24 por compañía. Todavía causó mayor extrañeza, que, un buen día, cada compañía recibiera también 12 morteros británicos Stokes. Sumando las ametralladoras y los morteros, parecía imposible que una compañía pudiese operar tantas armas a la vez. Cada día y una de cada dos noches entrenaban con gran realismo y, algo aún más chocante, sin las habituales restricciones en el consumo de munición. Su exigente preparación consistía, además del tiro de fusil, en realizar fuego con las ametralladoras y los morteros y en mover, hasta la extenuación, ingentes cantidades de munición. Los veteranos de estas unidades estaban convencidos de que se trataba de algo serio y que el tomate iba a ser de órdago, pero no entendían las razones de un adiestramiento tan riguroso y un equipamiento tan poco convencional.

El 14 de julio sucedió lo que algunos venían temiendo. Ese día comenzó el ataque a Igueriben, posición que se hallaba al mando del comandante Benítez, que tanto se había distinguido en la defensa de Sidi Dris. De golpe, todos los fantasmas hicieron acto de presencia. En Melilla crecía la preocupación. Silvestre empezó a lanzar telegramas, cada vez más angustiados, en los que pedía todo lo imaginable. Mientras la situación en Igueriben empeoraba

paulatinamente, el implacable cerco rifeño se iba cerrando sobre la posición avanzada de Annual. Ese mismo día, 14 de julio, respondiendo a la petición del vizconde de Eza, el ministro de Marina telegrafió al contralmirante Arroyo que arbolaba su insignia en el crucero *Princesa de Asturias*, en Ceuta: «Con esta fecha agrupación al mando V. E. se pondrá a las órdenes del alto comisario». Tan pronto como Berenguer tuvo conocimiento de este telegrama ordenó que en la tarde del día 16, la agrupación, con las dos compañías de Infantería de Marina a bordo, se hiciese a la mar, oficialmente para llevar a cabo ejercicios de tiro de artillería durante la semana siguiente.

El alto comisario se desplazó desde Tetuán para asistir a la despedida de la agrupación, siendo recibido a bordo del *Princesa de Asturias* por el contralmirante Arroyo, una de las pocas personas que conocía el destino real de sus barcos. En el buque insignia embarcaba también Joaquín Fuster como comandante de la reducida fuerza de desembarco que formaban las dos compañías. A las diez de la mañana del 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, patrona de la Marina de Guerra española, Berenguer mantuvo una breve entrevista en la cámara del comandante del crucero con los principales mandos implicados, a los que deseó toda la suerte del mundo. Poco después, tras serle rendidos los honores de ordenanza, descendió a buen paso por la plancha del crucero con el semblante serio y una mirada que reflejaba su firme determinación. Al atardecer, la agrupación, barco tras barco, comenzó a hacerse a la mar.

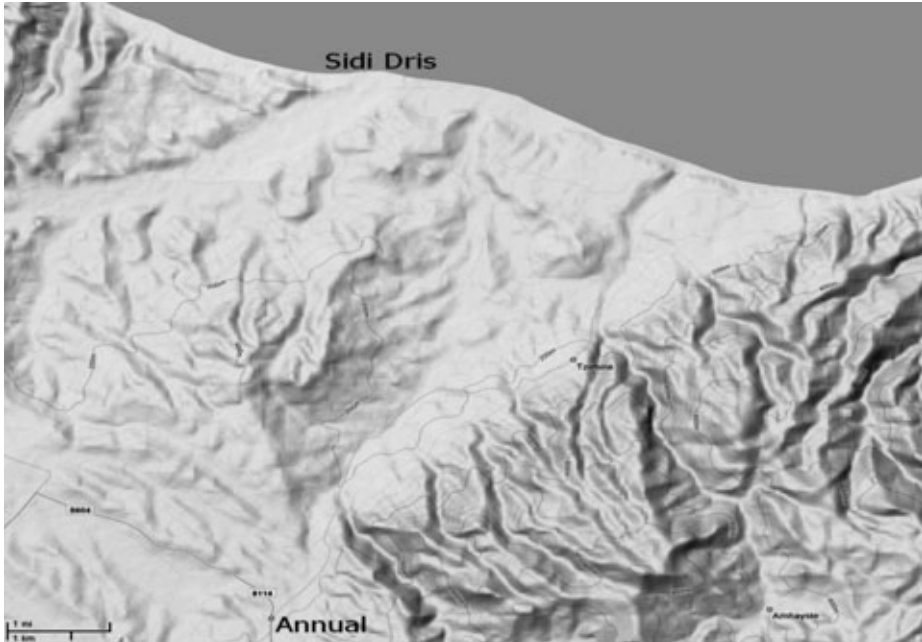
El 20 de julio, con los cañones capturados en Abarrán disparando a placer sobre Igueriben, la situación en la asediada posición se volvió insostenible. El heliógrafo no cesaba de transmitir pidiendo ayuda, pero los esfuerzos por socorrer la posición fracasaban uno tras otro. La increíble gesta de los heroicos defensores de Igueriben estaba llegando a su fin. Desde Melilla, Silvestre seguía mandando una sucesión de telegramas que reflejaban el aplastante peso de la responsabilidad y la terrible tensión que estaba sufriendo. El alto comisario, que gracias a los informes de sus espías y de los notables de la harca amiga de Beni-Said sabía que Abd el-Krim se lanzaría sobre Annual en cuanto cayera Igueriben, consideró que ya no era posible esperar más. A las once de la noche de ese día, tras recabar la autorización de los ministros de la Guerra y de Marina, ordenó el envío de dos extensos telegramas. Sus textos llevaban largo tiempo preparados, y él mismo los había repasado en varias ocasiones. Los dos juntos componían un plan inflexible; una audacia desesperada para hacer frente a un enorme desafío.

El primer telegrama iba dirigido al contralmirante Arroyo, a bordo del crucero *Princesa de Asturias*. Según se le había ordenado, se encontraba con todos sus barcos a ocho millas al noroeste del cabo Quilates. Sus órdenes eran efectuar al alba del día 21 de julio una amplia demostración de fuerza en la bahía de Alhucemas y desembarcar, en la tarde del mismo día, en la playa de Sidi Dris, las dos compañías de Infantería de Marina que transportaba su agrupación. Una vez completado el desembarco debía permanecer en las inmedia-

TEMAS GENERALES

ciones para reembarcar en los siguientes días un número indeterminado de unidades. Para ello, los buques habían llevado a remolque cuatro barcazas británicas tipo K; las mismas que se habían usado en el fiasco de Gallípoli en la Gran Guerra y que habían sido adquiridas en Gibraltar, pagando por las cuatro embarcaciones la cifra de medio millón de pesetas. La artillería de los barcos debía proporcionar el imprescindible apoyo de fuego naval durante las diferentes fases de la operación.

El segundo telegrama, que por su extensión y la complicada situación en Annual tardaría más tiempo en recibirse, iba dirigido al general Silvestre y ordenaba la evacuación de la posición avanzada de Annual, procediendo al reembarque de las tropas en la playa de Sidi Dris en unidades de la escuadra y de las fuerzas navales del norte de África dispuestas al efecto. Asimismo, ordenaba el repliegue, al mando del general Navarro, segundo jefe de la Comandancia General de Melilla, de todas las posiciones situadas al este del desfiladero de Izumar hasta Dar Drius. Esta maniobra sería protegida por el Regimiento de Cazadores de Alcántara, al mando del teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja. Las unidades se harían fuertes en Dar Drius hasta la llegada de nuevas fuerzas procedentes de Melilla, que se organizarían con la mayor urgencia posible; con tal fin, el alto comisario dispondría el



Detalle del terreno desde Annual hasta Sidi Dris. (Google Maps).

inmediato envío de varias unidades de la parte occidental del Protectorado a Melilla.

En la madrugada del día 21, Silvestre, que acababa de llegar a Annual procedente de Melilla, no podía creer lo que se le ordenaba. Durante media hora no paró de repetir que Berenguer se había vuelto loco y que el supuesto camino hasta Sidi Dris era un calvario. El texto del telegrama enviado por el alto comisario a Silvestre contenía el siguiente párrafo, destinado a vencer las reticencias del valeroso comandante general de Melilla: «Gobierno de S. M. estima situación posición Annual es desesperada. Tras destruir material pesado, en la noche del 21 al 22 de julio iniciará movimiento de todas las unidades a mayor velocidad posible para alcanzar playa Sidi Dris al amanecer del día 22. Caso V. E. no pueda cumplimentar esta orden entregue el mando al coronel más antiguo en la posición avanzada de Annual».

Horas antes de que Silvestre recibiera sus órdenes, el comandante Fuster convocó a sus oficiales en su austero camarote y les comunicó la misión que acababa de recibir: «Desembarcará en playa Sidi Dris a lo largo del día 21 de julio y se unirá a la fuerza del comandante Velázquez y Gil de Arana. Contribuirá a mantener dicha posición a toda costa para permitir reembarque, a través playa Sidi Dris, totalidad unidades posición avanzada de Annual. Completada evacuación unidades Annual se procederá reembarque defensores Sidi Dris».

Las instrucciones de coordinación dejaban claro que el comandante Velázquez, como más antiguo y buen conocedor del terreno, ostentaría el mando de la posición. La fuerza ya presente en Sidi Dris, unos 350 hombres, era una amalgama de grupos de varios regimientos de infantería y artillería, soldados indígenas y de la Compañía de Mar de Melilla, a los que se había unido el pequeño destacamento que tras la caída de Abarrán se había posicionado en Talilit.

Cuando llegó el ocaso del día 21, el desembarco en Sidi Dris se había completado sin incidentes. A medianoche, después de horas de intenso trabajo, las dos compañías, tras acarrear con la inestimable ayuda de los trozos de desembarco de los buques toda la munición que tan fatigosamente habían embarcado, se encontraban en defensiva en las improvisadas posiciones que el sorprendido comandante Velázquez acababa de asignarles en las alturas que dominaban la playa. Desde lejos llegaban los sonidos apagados del bronco y esporádico tronar de los cañones. En los montes que se elevaban amenazantes en la distancia, numerosas hogueras continuaban llamando al combate a todos los belicosos guerreros del Rif.

Sobre las nueve de la mañana del día siguiente, mientras las dos compañías se afanaban aún en dar una mínima consistencia a sus posiciones defensivas, aparecieron las primeras unidades procedentes de Annual. Llegaban a la carrera. Eran en realidad soldados aislados que venían destrozados, con los ojos desorbitados. Enseguida llegaron algunas unidades que venían en buen orden.

A lomos de algunos mulos y en improvisadas camillas, incluso a hombros de sus compañeros, podían verse muchos heridos. El sonido del inconfundible y creciente paqueo de los disparos de fusil era ya continuo. La columna seguía creciendo hasta formar una riada humana interminable y caótica. Poco a poco, centenares de soldados atravesaron las posiciones de la reducida cabeza de playa descendiendo por la empinada cuesta que llevaba a la salvación que representaba la playa de Sidi Dris. Desde allí, los incansables botes y barcasas de la agrupación naval se afanaban trabajosamente en llevarlos a bordo de los barcos. Las siguientes unidades que llegaron al contacto venían terriblemente maltrechas, con buena parte de los hombres heridos, perseguidos de cerca por los tiradores y la caballería rifeña. Se veía en sus rostros que los 12 kilómetros que separan Annual de Sidi Dris, sin agua, sin un camino digno de tal nombre, bajo el sol abrasador del cruel estío del Rif y el permanente fuego enemigo, habían sido de continuo combate un verdadero tormento. A pesar de todo, no fueron pocos los que pidieron quedarse en la posición de Sidi Dris para echar una mano.

Velázquez, siempre de pie en el parapeto, preguntó a un capitán del Regimiento Ceriñola, que parecía venir al mando de lo que benévolutamente podría considerarse la extrema retaguardia:

—¿Dónde está el general Silvestre?

—Murió nada más salir de Annual —fue la escueta respuesta del joven oficial.

Durante las horas de oscuridad los intentos de los cabileños para infiltrarse en la posición fueron constantes. En medio de un intermitente fuego de armas ligeras, los dos comandantes recorrían el parapeto, animando a los soldados que, a pesar del riesgo y el cansancio que sentían, seguían respondiendo al fuego enemigo y perfeccionando sus posiciones, conscientes de lo que se avecinaba. Amaneció lentamente, y a eso de las ocho de la mañana, los defensores vieron en la distancia a varios miles de harqueños cerrando filas para el asalto definitivo.

El sol seguía ganando altura y ya apretaba el duro y pegajoso calor. A lo lejos, la mole del cabo Quilates emergía descomunal y rocosa sobre un mar azul y en calma que brillaba inmóvil y hermoso, ajeno al horror de las últimas horas y a la nueva tragedia que se adivinaba cercana. En la playa, se hacinaban todavía cientos de los exhaustos soldados provenientes de Annual que esperaban a los botes que continuaban, diligentemente, completando el reembarque.

Sobre las diez de la mañana se desencadenó el infierno. Los rifeños, exaltados por su victoria del día anterior, abandonaron su tradicional prudencia y se lanzaron en masa al ataque. Fue una terrible sorpresa para ellos comprobar el efecto devastador de la acción combinada de morteros y ametralladoras en

manos de soldados con oficio. Enseguida empezaron a contar sus bajas por decenas. Lentamente, aprovechando su apabullante superioridad numérica, usando hábilmente la cubierta y ocultación de peñascos y barrancas, fueron acercándose a la endeble posición española, y su certero fuego se fue cobrando un alto precio entre los defensores. A las ocho de la tarde, cuando tras diez horas de intenso combate cientos de harqueños habían pagado con su vida su atrevimiento, los defensores habían agotado prácticamente las municiones, y la horda rifeña, como una marea imparable de sangre y fuego, asaltó la posición, arrasándola completamente. Desde los abarrotados buques, que no cesaron de hacer fuego en ningún momento, miles de hombres, con los ojos llenos de lágrimas, vieron cómo la resistencia se iba apagando y cómo, uno tras otro, morían todos los heroicos defensores de Sidi Dris, a cuyo sacrificio debían ellos la vida.

Tres días después, Berenguer recibió la noticia de la llegada al muelle de Ceuta de los barcos que traían a las maltrechas unidades que milagrosamente habían escapado de la ratonera de Annual. Ese mismo día, Berenguer, que se había desplazado a Melilla para hacerse cargo de la gravísima situación sobre el terreno, recibió, en la soledad del que fuera el despacho de Silvestre, distintos informes sobre la situación. El balance provisional de muertos y desaparecidos en los últimos días se estimaba en dos mil hombres, un precio terrible. En Dar Drius el general Navarro, con tres mil hombres, estaba completamente rodeado. Había conseguido llegar hasta allí gracias al sacrificio de los jinetes



Restos de los escuadrones del Regimiento Alcántara. (Archivo: *Diario ABC*).

de Alcántara. El regimiento, que había combatido con gran bizarría, había sido prácticamente aniquilado cubriendo la retirada de la columna principal.

Por fortuna, la posición de Dar Drius era excelente, contaba con agua suficiente, campos de tiro despejados para la artillería, abundantes municiones y espacio para la defensa, por lo que la resistencia, aunque complicada, era posible por largo tiempo. De momento el único apoyo que podían recibir era el procedente de los aviones, que según pudo comprobar el alto comisario también estaban dando su particular do de pecho. Menos mal —pensó Berenguer— que había conseguido convencer a Navarro de que Dar Drius, a pesar de su lejanía a Melilla, era el lugar adecuado para aguantar la embestida de Abd el-Krim. Se estremecía al imaginar que la idea inicial de Navarro era continuar hasta Monte Arruit y hacerse fuerte allí.

El informe del contralmirante Arroyo señalaba que en Sidi Dris no había supervivientes y que los rifeños, tras sufrir cuantiosas bajas, acabaron desbordando la posición. Los últimos defensores intentaron retirarse hacia la playa, hacia la salvación de unos botes y barcasas que esperaron cerca de la orilla todo lo humanamente posible, pero sucumbieron ante el cerrado fuego enemigo. Durante esta acción final se había distinguido con gran valentía el alférez de navío José María Lazaga y Ruiz, que mandaba el destacamento del cañonero *Laya* y que resultó gravemente herido; su estado fue calificado como crítico. El contralmirante comunicaba que por esa acción iba a solicitar la apertura de juicio contradictorio para la concesión de la cruz laureada de San Fernando al mencionado oficial. Felizmente, la escuadra y las fuerzas navales del norte de África habían conseguido socorrer la posición costera de Afrau, evacuando a buena parte de sus defensores, que también sufrieron cuantiosas bajas.

Los partes recibidos hasta el momento hacían mención a numerosos hechos de heroísmo. Aquella misma noche, junto con su detallado informe para el ministro de la Guerra, el alto comisario firmó la petición para que se abriesen juicios contradictorios para la concesión de la cruz laureada de San Fernando a favor del teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, del comandante Juan Velázquez y Gil de Arana, de los capitanes Enrique Amador Asín y Félix Arenas Gaspar, del cabo Mariano García Martín y del soldado Francisco Martínez Puche. Se unirían así a otros héroes cuya propuesta ya había sido elevada en su día por los sucesos en Abarrán e Igueriben: el comandante Julio Benítez y Benítez; los capitanes Juan Salafranca Barrios, Joaquín Cebollino Von Lindeman y Federico Paz Orduña, y el teniente Diego Flomesta Moya. Todas las propuestas tenían visos de prosperar, ya que del relato de los hechos se desprendía claramente que cumplían lo dispuesto en el exigente reglamento de tan prestigiosa condecoración.

Berenguer se inclinó hacia atrás en la confortable butaca que ocupaba y volvió a leer su informe sobre lo sucedido; hechos que muchos calificaban ya como un desastre. Los últimos días habían sido terribles y se encontraba física

y mentalmente agotado. Justo antes de quedarse dormido, se estremeció al imaginar lo que hubiera pasado si Silvestre hubiera ordenado una retirada general a través del desfiladero de Izumar hacia Ben Tieb, Dar Drius y Monte Arruit; eso sí que hubiera sido un desastre en toda regla, seguramente habría pasado a la Historia como el Desastre de Annual.



BIBLIOGRAFÍA

- PANDO DESPIERTO, Juan: *Historia secreta de Annual*. Ediciones Temas de Hoy. Colección Historia. Madrid, 1999.
- FERNÁNDEZ DE LA REGUERA, Ricardo, y MARCH, Susana: *El desastre de Annual*. Planeta. Barcelona, 1968.
- Servicio Histórico Militar: *Historia de las Campañas de Marruecos*. Tomo III. Madrid, 1981.
- LEGUINECHE, Manuel: *Annual 1921: el desastre de España en el Rif*. Alfaguara. Madrid, 1996.
- SECO SERRANO, Carlos: *La España de Alfonso XIII*. Espasa Calpe. Madrid, 2002.
- LOSADA, Juan Carlos: *Batallas Decisivas de la Historia de España*. Santillana. Madrid, 2004.
- SAUL, David: *Military Blunders*. Robinson. Londres, 1997.
- Archivo *Diario ABC*.